

*El momento poscolonial de los estudios de seguridad***

DIVERSIDAD.NET

DICIEMBRE 2019
16 - AÑO 10
ISSN 2250-5792

Resumen

En este artículo criticamos el eurocentrismo característico de, y desarrollado por, los estudios de seguridad a partir de la Segunda Guerra Mundial. La aceptación de geografías históricas sobre las cuales se aplican los estudios de seguridad resta importancia y tergiversa el rol del Sur global en las relaciones de seguridad. El eurocentrismo también equivoca el análisis de Europa y su rol en la política mundial. Por eso mismo, comprender las relaciones de seguridad, pasadas y presentes, exige reconocer la construcción mutua a lo largo de la historia de los mundos europeo y no-europeo. La identificación de los problemas explicativos y políticos asociados con el eurocentrismo abre un espacio fértil para el desarrollo de estudios de seguridad no-europeos.

Palabras clave: Poscolonialismo - Relaciones Internacionales - Eurocentrismo - Estudios de Seguridad - Tiempo y Espacio - Débil y Fuerte - Constitución Mutua.

Abstract

In this article, we critique the Eurocentric character of security studies as it has developed since World War II. The taken-for-granted historical geographies that underpin security studies systematically misrepresent the role of the global South in security relations and lead to a distorted view of Europe and the West in world politics. Understanding security relations, past and present, requires acknowledging the mutual constitution of European and non-European worlds and their joint role in making history. The politics of Eurocentric security studies, those of the powerful, prevent adequate understanding of the nature or legitimacy of the armed resistance of the weak. Through analysis of the explanatory and political problems Eurocentrism generates, this article lays the groundwork for the development of a non-Eurocentric security studies.

Keywords: Postcolonialism - International Relations - Security Studies - Eurocentrism - Time and Space - Strong and Weak - Co-Constitutive.

Dr. Tarak Barkawi*

Escuela de Economía
y Ciencia Política
Universidad de Londres
t.k.barkawi@lse.ac.uk

Dr. Mark Laffey*

Escuela de Estudios
Orientales y Asiáticos
Universidad de Londres
ml23@soas.ac.uk

*Barkawi, T. y Laffey, M. "The postcolonial moment in Security". Review of International Studies 32 (2): 329-352. Copyright, 2006, British International Studies Association. All rights reserved. Republished by permission of the copyright holder, British International Studies Association. <https://doi.org/10.1017/S0260210506007054>

** El presente artículo fue traducido por el Mag. Jodor Jalit, miembro del Instituto de Artes y Ciencias de la Diversidad Cultural de la Universidad Nacional de Tres de Febrero. Por los comentarios se agradece a Duncan Bell, John Game, Geoffrey Hawthorne, Jane Hayward, Stephen Hopgood, Charles Jones, Richard NedLebow, Daniel Nexon, LuizaOdysseos, Glen Rangwala, Justin Rosenberg, Martin Shaw, NaveedSheikh y especialmente a NaemInayatullah y JuttaWeldes.

Las relaciones de seguridad, actualmente, se destacan por resaltar las contradicciones surgidas entre la vieja lógica de la seguridad y los nuevos problemas de seguridad. Tradicionalmente, los estudios de seguridad se ocupan de las relaciones entre, y hacia adentro, de las grandes potencias del sistema internacional. Este último, entendido como el conjunto de estados territoriales soberanos fuertes y débiles. Por su parte, la historia de las relaciones internacionales se concibe principalmente como la lucha entre grandes potencias, y el ascenso y declive de estados poderosos (por ejemplo, ver Gilpin, 1981; Kennedy, 1989; Mearsheimer, 2003). De esta forma, las preguntas sobre la guerra y la paz surgidas de la competencia entre las grandes potencias se vuelven fundamentales para el pensamiento e implementación de políticas de seguridad en particular, y por la centralidad de la seguridad en la comprensión de la política global en general.

Los desarrollos más recientes en la política mundial desafían aquellos supuestos, porque en la era contemporánea, el estado fue reemplazado por organizaciones transnacionales como 'amenaza existencial' para las potencias Occidentales (Rice, 2002). Este fenómeno representa un quiebre en la historia de la política global, y la lucha de poder entre las grandes potencias. De hecho, Al Qaeda no es un estado ni una gran potencia. Sí, es una red transnacional y, más importante aún, una idea a través de la cual se organiza una forma de resistencia local y global (Anónimo, 2004). Por eso mismo, el pensamiento tradicional sobre seguridad ofrece en el mejor de los casos supuestos que resultan pobres para la comprensión y enfrentamiento de los desafíos contemporáneos de seguridad (Duffield, 2002).

Un motivo que subyace al problema se encuentra en la extrapolación global de categorías y supuestos construidos a partir de la experiencia europea. Por el mismo motivo, este artículo critica el eurocentrismo característico de, y desarrollado por, los estudios de seguridad a partir de la Segunda Guerra Mundial. La aceptación de geografías históricas sobre las cuales se aplican los estudios de seguridad resta importancia y tergiversa el rol del Sur global en las relaciones de seguridad¹. El eurocentrismo también equivoca el análisis de Europa y su rol en la política mundial. Por eso mismo, comprender las relaciones de seguridad, pasadas y presentes, exige reconocer la construcción mutua a lo largo de la historia de los mundos europeo y no-europeo. Al detallar los problemas explicativos y políticos asociados con el eurocentrismo, este artículo abre un espacio fértil para el desarrollo de estudios de seguridad no-europeos.

Redefinir el marco de análisis en esos términos permite profundizar la comprensión de los desarrollos contemporáneos, y reinterpretar la 'Guerra Contra el Terrorismo' como parte de una larga historia de conflictos

Dr. Tarak Barkawi

Escuela de Economía
y Ciencia Política
Universidad de Londres
t.k.barkawi@lse.ac.uk

Dr. Mark Laffey

Escuela de Estudios
Orientales y Asiáticos
Universidad de Londres
ml23@soas.ac.uk

¹ Sobre el rol de las categorías espaciales y metageográficas como el Norte-Sur y Este-Oeste en la investigación social, ver Martin Lewis and Karin Wigen (1997). Sobre Norte-Sur en particular, ver David Slater (2004: 5-10, 228-30).

armados entre el Norte y Sur globales (Gregory, 2004). En palabras de Osama Bin Laden (2004), “La ocupación de nuestros países por parte de Occidente no es reciente, pero se presenta en una forma novedosa. El conflicto entre nosotros y ellos es centenario, y continuará” (23). Lo que no tiene precedentes es la habilidad de la resistencia del Sur para atacar dentro del territorio del poder central. Sin embargo, el conflicto entre Norte y Sur es antiguo. En la disciplina de estudios de seguridad, estos conflictos se conocen como ‘pequeñas guerras’, o conflictos asimétricos, y periféricos, y derivados de, la competencia entre las grandes potencias (Barkawi, 2004). Hoy, lo que era periférico parece convertirse en centro. Los ‘nativos’ devolvieron el golpe, y lo más seguro es que lo sigan haciendo. Este fenómeno marca un punto de inflexión poscolonial en la historia de las relaciones de seguridad². Antes, los movimientos de resistencia del Sur global luchaban por la liberación nacional y el final de la autoridad colonial, formal e informal, sobre sus estados. La resistencia que tomó forma en Al Qaeda, y las respuestas a la misma, son de alcance global y no se limitan a un estado o región en particular. Para nosotros, la intervención y el rol de Al Qaeda en la política mundial contemporánea resalta la necesidad de reformular las categorías de análisis, para dar sentido a las relaciones de seguridad pasadas y presentes.

La dificultad para identificar las raíces de la centenario y frecuentemente violenta interacción entre Norte y Sur, reside en la utilización de historias y geografías que reproducen conceptos eurocéntricos de la política mundial en los estudios de seguridad. Este problema no es exclusivo de los estudios de seguridad. De acuerdo con Barry Buzan y Richard Little (2000), “la disciplina de las relaciones internacionales adoptó una visión eurocéntrica” (21; ver también Krishna, 2001; Tickner, 2003). Eurocentrismo es un concepto complejo, pero el supuesto principal propone la centralidad europea en el pasado y el presente de la humanidad (Amin, 1989; Coronil, 1996). Desde esta perspectiva, Europa se concibe como un espacio geográfico separado y distinto del resto del mundo, autocontenido y autoproducido. Así, el análisis del pasado, presente y futuro de la política mundial se realiza en términos -conceptual y empírico, político y normativo- que dan por sentado dicha centralidad y segregación (Chakrabarty, 2000). Ni el contenido -social, político y cultural- ni la ubicación geográfica de ‘Europa’ son monolíticos. Eurocentrismo es, de forma simultánea, una Europa real y otra imaginada. Como demostraron Martin Lewis y Kären Wigen, a lo largo de la historia la ubicación de Europa se muda, expande y contrae, para eventualmente atravesar los océanos Atlántico y Pacífico, y transformarse en sinónimo de ‘Occidente’ (Lewis y Wigen, 1997). Hoy, el centro de ‘Occidente’ se ubica en el angloparlante EE.UU -un asentamiento colonial europeo- e incorpora a Europa Oriental, América del Norte, Japón y las

Dr. Tarak Barkawi

Escuela de Economía
y Ciencia Política
Universidad de Londres
t.k.barkawi@lse.ac.uk

Dr. Mark Laffey

Escuela de Estudios
Orientales y Asiáticos
Universidad de Londres
ml23@soas.ac.uk

² Sobre poscolonialismo, ver Slater (2004); comparar con Anne McClintock (1992).

colonias británicas de Oceanía. Existen pocos ejemplos de eurocentrismo mejor que la idea del Occidente contemporáneo como estándar de desarrollo y modernización.

El significado de eurocentrismo varía a lo largo de la paleta de perspectivas teóricas que hacen a la disciplina. Para el realismo, una “teoría general de la política internacional debe girar en torno a las grandes potencias” (Waltz, 1979: 73). En la historia moderna, la mayoría de esas potencias se encuentran geográficamente en Europa y Occidente. Por la misma razón, el eurocentrismo es parte integral del estudio de las relaciones internacionales para el realismo³. Por su parte, el enfoque liberal -antagónico al realismo- anhela regular el conflicto y aliviar el sufrimiento humano a través de las instituciones y normas nacionales e internacionales, como ser la Liga de las Naciones, las Naciones Unidas y los regímenes de no proliferación nuclear; todos productos de la diplomacia internacional bajo el dominio de las grandes potencias (Gowan, 2003). Además, la democracia liberal y los principios éticos que hacen a la opinión liberal, son consecuencias supuestamente derivadas de trayectorias históricas e intelectuales europeas particularmente asociadas al Iluminismo⁴. Por otro lado, muchos constructivistas comparten compromisos similares, como por ejemplo cuando proponen analizar el orden internacional a partir del trabajo de Hobbes, Locke y Kant (Wendt, 1999). Por último, los estudios críticos de seguridad que pretenden dejar atrás al debate realismo-liberalismo, desarrollan el concepto central de emancipación humana a partir de estas mismas tradiciones intelectuales (Booth, 2005). Cada uno de estos enfoques, y los pensadores poscoloniales lo resaltan con gran esfuerzo, se apoyan en supuestos eurocéntricos y racistas (Meht, 1999; Inayatullah y Blaney, 2004). Tal cual lo destacó Immanuel Kant, pensador reverenciado por académicos liberales y críticos, “La humanidad alcanza su mayor expresión en la raza blanca” (citado en Harvey, 2000: 533).

El eurocentrismo genera una variedad de dificultades para el análisis de la política mundial en general, y las relaciones de seguridad en particular (Ayoob, 1995; ver también Krishna, 1999). A continuación, se destacan dos problemas. Primero, como se destacó previamente en este trabajo, las preguntas sobre la guerra y la paz que surgen de la competencia entre las grandes potencias se ubican en la base del pensamiento y práctica vinculados a la seguridad. En consecuencia, los estudios de seguridad desarrollaron pocas categorías para la comprensión histórica de las experiencias de las poblaciones mundiales débiles y no poderosas. Por defecto, las categorías son el resultado de las experiencias de la alta política del Norte. De esta

Dr. Tarak Barkawi

Escuela de Economía
y Ciencia Política
Universidad de Londres
t.k.barkawi@lse.ac.uk

Dr. Mark Laffey

Escuela de Estudios
Orientales y Asiáticos
Universidad de Londres
ml23@soas.ac.uk

³ Para una rectificación importante, ver Buzan, B. y Little, R. (2000). Sobre la naturaleza eurocéntrica de las categorías políticas del realismo, ver Walker, R. B. J. (1987).

⁴ La academia propuso recientemente la existencia de varios Iluminismos. Ver, por ejemplo, Pocock, J. G. A. (1999-2003).

manera, las luchas de liberación nacional durante la segunda mitad del siglo XX fueron interpretadas en función de las reglas de la Guerra Fría, y por asesores políticos e intelectuales estadounidenses (Kolko, 1988). Hoy, el error se reproduce, aunque de distinta forma. En ese sentido, toda resistencia al dominio del sistema internacional por el Norte se define como 'terrorismo'. Así, el uso contemporáneo de esa categoría legitima el poder estatal y deslegitima la resistencia armada de actores no estatales (George, 1991). Es decir, todos los actos 'terroristas' son prejuizados como ilegítimos e injustificados. Así, se inhibe la comprensión de los motivos y formas de resistencia del débil.

Segundo, y vinculado con lo anterior, en tanto y en cuanto se ocupa de éstos, los estudios de seguridad eurocéntricos consideran al estado débil y sin poder como un actor marginal o un elemento derivado de la política mundial que, en el mejor de los casos, es el espacio de acción para buenas intenciones liberales, o en el peor, una fuente de inseguridad (ver Kaldor, 2001; David, 1). Queda, entonces, traspapelado en el análisis, las múltiples y esenciales relaciones entre débil y poderoso. Esto va en contra de la inclusión del débil y el poderoso dentro del mismo esquema de análisis. De hecho, un amplio número de campos de investigación social asumen la incorporación del débil y el poderoso en un mismo marco analítico, como actores co-constitutivos de sucesos, procesos y estructuras (ver Barrington Moore, 1993; Wolf, 1997; Bayly, 2004). Sin embargo, las relaciones internacionales y los estudios de seguridad se ocupan del poderoso exclusivamente. Como destaca Stanley Hoffman, las relaciones internacionales adoptan una visión 'ateniense' del mundo (Hoffman, 1997: 58). Este tipo de análisis unidireccional enfocado en las grandes potencias es central para el enfoque realista. Para los liberales, y otros enfoques críticos, el débil resulta interesante en tanto y en cuanto portador de derechos y objeto de emancipación. Es decir, por su valor normativo en términos de la teoría política de Occidente (ver Dune y Wheeler, 1999; Booth, 1991). Al ignorar el estudio conjunto del débil y el poderoso como actores co-constitutivos de la historia, se limita el poder explicativo de las relaciones internacionales y los estudios de seguridad frente a la política mundial y las relaciones Norte-Sur.

Dr. Tarak Barkawi

Escuela de Economía
y Ciencia Política
Universidad de Londres
t.k.barkawi@lse.ac.uk

Dr. Mark Laffey

Escuela de Estudios
Orientales y Asiáticos
Universidad de Londres
ml23@soas.ac.uk

La importancia del rol de los estados débiles en la política global se vuelve evidente cuando un movimiento de resistencia del Sur ataca al epicentro de una potencia del Norte. A la luz de estos hechos, una serie de eventos transformaron la política doméstica e internacional de diferentes maneras. Se libran guerras, reconfiguran alianzas, desplazan fuerzas de seguridad, cuestionan fronteras, condicionan derechos civiles, crean Departamentos de Estado, y reconstruyen identidades. A esta altura, comprender las relaciones de seguridad requiere descartar supuestos eurocéntricos sobre, y como se mueve, el mundo.

En el próximo apartado, a través del análisis de diferentes etapas en el desarrollo de los estudios de seguridad, demostraremos cómo el campo

de investigación sustenta y reproduce historias y geografías eurocéntricas. El apartado que le sigue aborda los desafíos presentados por el eurocentrismo a la investigación social, y comienza a delinear fundamentos alternativos para los estudios de seguridad. Le sigue una crítica a la política del eurocentrismo en los estudios de seguridad. Y, por último, una breve conclusión identifica la naturaleza e implicancias de nuestra hipótesis.

Estudios de seguridad y eurocentrismo

Durante la última década, los estudios de seguridad se convirtieron en un campo de investigación prolífico y diverso (Lipschutz, 1995; Katzenstein, 1996; Buzan y Waever, 2003). Dejando a un lado la diversidad, al igual que la bibliografía de otras disciplinas, los debates se desarrollan más o menos dentro de marcos conocidos por los diferentes enfoques competentes. En su forma moderna, los estudios de seguridad nacen al calor de la Segunda Guerra Mundial en respuesta a la preocupación realista por las grandes potencias y su interacción (Vasquez, 1999). Desde entonces, el grueso del debate en los estudios de seguridad se centró en desarrollar o desafiar aquella inquietud. En ese contexto, una serie de sucesos conocidos fueron analizados, interpretados y reinterpretados, a saber: el Concierto Europeo, los orígenes de la Gran Guerra, la pacificación de la Alemania nazi, y el final de la Guerra Fría (ver Lebow y Risse-Kappen, 1995; Snyder, 1997; Van Ever, 1999). Más allá de las divisiones y desacuerdos generados a partir del significado asignado a cada uno de los eventos, los paradigmas en competencia y las convicciones políticas divergentes que caracterizan a los estudios de seguridad contemporáneos comparten un eurocentrismo histórico y geográfico⁵.

A partir de 1945, los estudios de seguridad fueron confinados al debate entre los enfoques realista y liberal. Luego, se sumaría el enfoque constructivista (Katzenstein, 1996; cf. Weldes, 1999). Estas disputas asumen y reproducen de forma particular y conjunta un número de periodizaciones históricas y supuestos espaciales. Por periodizaciones históricas, se entiende la aceptación prematura de un orden cronológico incuestionable de actores, procesos y sucesos que definen la estructura de investigación. Por su parte, supuestos espaciales hacen referencia a los esquemas que organizan al mundo en términos de espacio y ubicación de actores, procesos y sucesos, ambos vinculados entre sí y con la política mundial. Juntos, estos supuestos temporales y espaciales producen historias geográficas eurocéntricas⁶. Dada la ubicación de sus raíces, es inevitable que los es-

Dr. Tarak Barkawi

Escuela de Economía
y Ciencia Política
Universidad de Londres
t.k.barkawi@lse.ac.uk

Dr. Mark Laffey

Escuela de Estudios
Orientales y Asiáticos
Universidad de Londres
ml23@soas.ac.uk

⁵ Incluso la crítica 'pospositivista' de los estudios de seguridad no ofrece definiciones para imperialismo, colonialismo y poscolonialismo. Ver Terriff, T. et al. (1999).

⁶ Respecto de la atención dedicada por la teoría social al espacio ver Soja, E. (1989), Agnew, J. y Corbridge, S. (1995); Appadurai, A. (1996); Gregory, D. (1993); Harvey, D. (2001).

tudios de seguridad reproduzcan una política en particular, definida por un grupo de actores y funcional a sus propios intereses. Es así como se imprimió un fuerte carácter anglo-americano a la disciplina de las relaciones internacionales (Hoffman, 2000). Siendo que los estudios de seguridad son la columna de la disciplina, no debe sorprender cuando se afirma que también están afectados por un tiempo y espacio político particular -el mundo anglo-americano posterior a 1945-, incluso cuando recurren al aparentemente neutral y atemporal lenguaje de las ciencias sociales (comparar con Oren, 2003).

La historia geográfica y la periodización eurocéntrica son evidentes en la narrativa ampliamente difundida de la historia mundial que subyace a los estudios de seguridad. Por ejemplo, las Guerras Revolucionarias y Napoleónicas francesas dan lugar al Concierto Europeo del S. XIX que desemboca en un medio siglo abocado a evitar la hegemonía alemana. Más, el período que sigue a 1945 se lo presenta como uno de enfrentamiento 'Este-Oeste'; esto es, una competencia entre las coaliciones organizadas en torno a EE.UU y la U.R.S.S. En términos de supuestos espaciales, lo más evidente sobre estas simples convenciones y ampliamente aceptadas periodizaciones es la aceptación de la política mundial como un fenómeno exclusivamente europeo, o más recientemente, del hemisferio Norte (comparar con Krishna, 2001). Esta interpretación se lleva al punto extremo de que todo lo que sucede a nivel de política mundial en otro espacio, como ser el Tercer Mundo durante la Guerra Fría, es derivado de los eventos europeos y dinamizado por la competencia de poder entre las grandes potencias y la difusión de ideas e instituciones europeas (ver Goldstein y Keohane, 1993).

A continuación, el análisis de momentos claves en la evolución de los estudios de seguridad en tanto campo de investigación, permite comenzar a presentar el espacio compartido en el cual se desarrollan los debates en curso. Específicamente, se analiza la historia geográfica de la política mundial tal cual es presentada por la genealogía de la guerra y la estrategia, la Crisis de los Misiles, la Segunda Guerra Mundial y la Shoá para demostrar su eurocentrismo. Estos momentos representan, por separado y en su conjunto, las dimensiones más relevantes del eurocentrismo en los estudios de seguridad: el Orientalismo expresado en, y por, los textos más destacados; los supuestos respecto del accionar de las grandes potencias en la investigación empírica; la usualmente no reconocida política anglo-americana en la definición de los sucesos clave; y la presunción ética de Occidente. La discusión debe ser interpretada de forma sintomática. Esto es, identificando algunas de las omisiones e infraestructura subyacente que hace a los estudios de seguridad (ver Resch, 1992).

Dr. Tarak Barkawi

Escuela de Economía
y Ciencia Política
Universidad de Londres
t.k.barkawi@lse.ac.uk

Dr. Mark Laffey

Escuela de Estudios
Orientales y Asiáticos
Universidad de Londres
ml23@soas.ac.uk

Constructores de la Estrategia Moderna y el ‘enfoque político-nacional’

Una manera de acercarse a las historias y geografías eurocéntricas que dan forma e informan al campo de los estudios de seguridad es a través de los contenidos de textos canónicos, a saber: las dos ediciones de *Makers of the Modern Strategy* (Earle, 1948 [1943]). La primera edición reúne los trabajos presentados en el seminario organizado por Edward Mead Earle en la Universidad de Princeton en 1941. Esta edición, que se ubica entre los clásicos modernos, era una lectura básica hasta su revisión y expansión a cargo de Peter Paret en 1986. Para Earle, la guerra moderna emerge y se teoriza como un fenómeno exclusivamente europeo que remonta sus orígenes al S. XVI. Excepto dos capítulos, el resto se ocupa de las guerras europeas o, en su defecto, teóricas de la guerra occidentales. Tal cual notara Jeremy Black, la historia militar “se enfoca en la historia de Occidente y se destaca por su eurocentrismo, incluso al abordar eventos en otras partes del mundo” (Black, 1998).

De los dos capítulos excepcionales, uno se ocupa de la estrategia naval japonesa que preocupaba profundamente a los pensadores estadounidenses en 1941. El otro capítulo, analiza el desarrollo de la guerra colonial francesa desde la perspectiva imperial de Francia. Desde ese ángulo, la guerra colonial ‘no tiene como objetivo la destrucción del enemigo. Más bien, apunta a la organización de las poblaciones y territorios conquistados bajo un régimen particular...porque el país conquistado será integrado política y económicamente al ‘imperio’ inmediatamente después de la conquista’. El fin de la guerra colonial, entonces, no es la simple derrota del enemigo sino “su subordinación al menor costo posible y de una manera tal que asegure su permanente pacificación” (Earle, 1948).

Cuando se adopta una perspectiva imperial durante el análisis de la guerra en las colonias, se pone en evidencia la carga política de los estudios de seguridad. El texto en su totalidad da por sentado, y expresa, el punto de vista de las grandes potencias que dominan y compiten entre sí por el control mundial. Peter Paret destacó en la introducción a la edición de 1986 que “el origen y objetivo” de la obra de Earle “no compromete la objetividad académica” -ningún capítulo está “mancillado por chauvinismo”- haciendo referencia específica al capítulo sobre estrategia naval japonesa (Paret, 1986). Sin embargo, ese mismo capítulo inicia destacando que “desde un punto de vista militar, la mente japonesa puede caracterizarse como subjetiva en lugar de objetiva” (Earle, 1948: 459).

Mientras que un analista estadounidense o británico no presenta dificultades para debatir sobre estrategia naval de forma neutral y desinteresada, sus pares japoneses tienen “dificultades para dejar de lado el enfoque nacional-político” (Earle, 1948: 459). Recurriendo a una maniobra del manual Orientalista, la racionalidad y objetividad son atribuidas a los an-

Dr. Tarak Barkawi

Escuela de Economía
y Ciencia Política
Universidad de Londres
t.k.barkawi@lse.ac.uk

Dr. Mark Laffey

Escuela de Estudios
Orientales y Asiáticos
Universidad de Londres
ml23@soas.ac.uk

glosajones, mientras que los japoneses son relegados a simples comentaristas. En la introducción, Mead deja en claro que su trabajo tiene como objetivo instruir al lector anglosajón sobre la naturaleza de la guerra, para que pueda defender su propia libertad, e informar a los asesores políticos estadounidenses sobre cómo usar su “gran poder”, el cual “será temporal para nosotros y el mundo” (Earle, 1948: viii). Esto también, a nuestro parecer, representa un enfoque “nacional-político” consistente con la característica británica-estadounidense del campo de estudio. En palabras de Edward Luttwak, “la estrategia no es una tarea neutral y responde únicamente al fortalecimiento del bando propio en la lucha entre las naciones” (citado en Lawrence, 1987: 307). La edición de 1986 se ocupa más o menos de los mismos teóricos occidentales y de la historia militar europea, y apenas agrega las preocupaciones surgidas durante la Guerra Fría, como ser: la estrategia soviética y las armas nucleares. Un agregado importante es la discusión en torno a la guerra revolucionaria del capítulo de John Shy y Thomas Collier (en Paret, 1948). Que hacia 1986 la guerra revolucionaria, particularmente en el Tercer Mundo, sea un tópico de interés para los asesores políticos Occidentales no es preciso aclararlo.

La Crisis de los Misiles cubana y el lugar de la acción

Un lugar de importancia para el debate sobre la guerra revolucionaria fue Cuba, porque ocurrió un hecho paradigmático para los estudios de seguridad. La Crisis de los Misiles cubana es central al debate sobre, entre otras cosas, la naturaleza de la disuasión, el proceso de toma de decisión, y la Guerra Fría misma. De hecho, en tanto objeto de análisis, la disciplina de resolución de conflictos nace de los trabajos académicos y el asesoramiento político que intentaron comprender la Crisis de los Misiles cubana. En el relato dominante, la crisis es un episodio exclusivo de las superpotencias: “Durante trece días de octubre de 1962, los EE.UU y la U.R.S.S se pararon de ‘igual a igual’, cada uno con el poder para destruirse mutuamente” (Graham, 1971: 39). Cuba es concebida como un estado cliente de la U.R.S.S, llevando adelante la política exterior soviética, o simplemente un espacio de disputa entre EE.UU y U.R.S.S. En palabras de Jutta Weldes, tanto en las conversaciones del Comité Ejecutivo del Consejo de Seguridad Nacional (ExComm, por su abreviatura en inglés) como en los trabajos académicos que siguieron, “Cuba se presenta...apenas como una ubicación, un ‘cero a la izquierda” (Weldes, 1999: 75).

Una dificultad básica de esta interpretación eurocéntrica, que elimina a Cuba del relato de la Crisis de los Misiles cubana, es impedir a los asesores políticos y académicos tomar en consideración un importante número de dinámicas y variables. Esto es, los miembros del ExComm no consideran el impacto de la política exterior estadounidense hacia Cuba en la generación de la crisis. Más allá de que EE.UU percibía a todo aliado de la U.R.S.S como un títere, los misiles nucleares nunca podrían haber sido instalados en la isla sin la expresa autorización cubana (Weldes, 1999). Ante la ansiedad real producto de la invasión de Bahía de Cochinos, Castro se inclinó

Dr. Tarak Barkawi

Escuela de Economía
y Ciencia Política
Universidad de Londres
t.k.barkawi@lse.ac.uk

Dr. Mark Laffey

Escuela de Estudios
Orientales y Asiáticos
Universidad de Londres
ml23@soas.ac.uk

hacia la U.R.S.S en busca de ayuda para defender la soberanía y revolución cubanas. Sin estos incentivos cubanos, difícilmente hubiera habido una crisis, porque el despliegue de los misiles en territorio cubano responde, en parte, a la defensa del gobierno cubano. Dejar de lado el accionar cubano, no permite que los participantes y académicos puedan evaluar correctamente, hasta tiempos recientes, el rol desempeñado por Castro durante la crisis. Cuando Theodore Sorensen le preguntó a Fyodor Burlatsky, uno de los asesores de Kruschev, “cuáles presiones externas pesaron sobre el proceso de toma de decisión del Kremlin”, éste respondió que “la principal influencia fue de Castro” (Blight y Welch, 1990: 266).

Al desconocer el rol cubano en la crisis, antes y después, se reproduce el supuesto eurocéntrico de que el poder de agencia real, de influencia históricamente significativa, es propiedad exclusiva de las grandes potencias. Debieron transcurrir varias décadas para que incluso aquellos académicos con fuentes confiables comiencen a descubrir el rol de los cubanos en su propia crisis. Esto da sentido a la hipótesis presentada por Bruce Allyn, James Blight y David Welch en 1993 de que “La Crisis de los Misiles cubana fue un episodio muy cubano” (Blight, Welch y Allyn, 1993: 5; ver también Armstrong y Brenner, 1989: 336-9). Hacia finales de la década de 1980, se realizaron una serie de encuentros académicos con el fin de reunir a los principales actores de la crisis (ver Blight y Welch, 1990; Blight, Welch y Allyn, 1992). Sin embargo, los representantes cubanos recién fueron invitados a la tercera reunión, desarrollada en Moscú en enero de 1989, tras la insistencia de la delegación rusa. La delegación estadounidense resistía la participación cubana argumentando que iba a transformar el encuentro en un ‘acto político’ (Weldes y Maffey). Al igual que los estrategas navales japoneses, a los cubanos se los juzgaba incapaces de abandonar el enfoque político-nacional. Durante este encuentro, y en otro posterior desarrollado en La Habana en enero de 1992, que contó con la participación de Castro, la evidencia del rol cubano que se mencionara brevemente más arriba comenzó a emerger. Por ejemplo, la crisis no llegó a su fin hasta que Castro autorizó el retiro de los misiles a cambio del despliegue de una brigada soviética para la defensa de Cuba (Blight y Welch, 266-7).

A pesar de esto, los académicos estadounidenses todavía no consideraban la posibilidad de reconocerles a los asesores y académicos cubanos algún grado de objetividad. Los editores del libro *Back to the Brink* afirman que, mientras los estadounidenses y soviéticos “participaron para dar y escuchar testimonios sobre la historia de la crisis...para los cubanos...mientras más escuchaban y compartían, mayor era su inevitable ensimismamiento frente a las principales problemáticas que los aquejan: las relaciones anormales con su vecino cercano y aliado distante” (Allyn, Blight y Welch, 1992: 202). Esta descripción de cubanos politizados y estadounidenses (y soviéticos) apolíticos es insostenible. De acuerdo con el estudio de toma de decisiones en escenarios de crisis, el interés académico estadounidense por la Crisis de los Misiles cubanos también revela un ‘enfoque político-nacional’ que da por sentadas las preocupaciones de los Estados Unidos. Este

Dr. Tarak Barkawi

Escuela de Economía
y Ciencia Política
Universidad de Londres
t.k.barkawi@lse.ac.uk

Dr. Mark Laffey

Escuela de Estudios
Orientales y Asiáticos
Universidad de Londres
ml23@soas.ac.uk

reclamo para sí mismo de la elección racional frecuentemente subyace a la justificación para la posesión de armas nucleares por parte de las grandes potencias. A la inversa, la supuesta ausencia de racionalidad en otros actores estatales, particularmente regímenes revolucionarios como el cubano e iraní, es invocado de forma diaria para prohibirles la posesión de armas nucleares (Gusterson, 2004). La atención académica prestada al 'proceso de elección racional' -aprender de la Crisis de los Misiles cubana- es funcional a la reproducción de caracterizaciones Orientalistas demostrables. En cualquier caso, la 'anormalidad' presente no se limita al accionar de Cuba. De hecho, EE.UU mantiene sanciones económicas y de otro tipo contra Cuba más allá del contexto de la Guerra Fría. Cuba se mantiene dentro de la agenda política de EE.UU, especialmente en Florida, distrito donde reside una grande y bien organizada comunidad de expatriados cubanos, de suma importancia para las elecciones presidenciales. Estos datos sobre la política y las políticas estadounidenses demuestran que las causas y el sentido de la 'altamente anormal relación' entre Cuba y EE.UU no son propiedad exclusiva del primero. De hecho, ubicar la 'anormalidad' en Cuba esconde efectivamente la larga historia del imperialismo estadounidense en Cuba y el Caribe.

Segunda Guerra Mundial: ¿una o muchas?

Para los estudios de seguridad, la variedad de exageraciones, debates, enseñanzas y teorías derivadas del origen, trayectoria y consecuencias de la II Guerra Mundial son más importantes aún que la Crisis de los Misiles. El análisis de la II Guerra Mundial estableció un quiebre profundo dentro de la disciplina de las relaciones internacionales, que se observa hasta el día de hoy. De hecho, el enfrentamiento entre los enfoques realista y liberal en torno al apaciguamiento del conflicto entre las grandes potencias -realpolitik frente a instituciones liberales- toma forma y se basa en las diferentes interpretaciones sobre el origen y consecuencias de este conflicto (ver Carr, 1946; Mitrany, 1966). Los debates dieron lugar a un número de afirmaciones respecto de la inclinación a hacer la guerra de diferentes tipos de regímenes, y establecieron los principios formales de la teoría de la paz democrática.

Dr. Tarak Barkawi

Escuela de Economía
y Ciencia Política
Universidad de Londres
t.k.barkawi@lse.ac.uk

Dr. Mark Laffey

Escuela de Estudios
Orientales y Asiáticos
Universidad de Londres
ml23@soas.ac.uk

Tal vez, lo más relevante para los estudios de seguridad es la caracterización asignada a la II Guerra Mundial como 'guerra buena'. Dejando de lado interpretaciones radicales, la guerra es vista como una victoria de los 'chicos buenos' en el marco de una lucha entre democracia y totalitarismo, libertad y tiranía, bien y mal. Además, se acepta en el mundo anglosajón que la guerra fue ganada por EE.UU y sus aliados, a pesar de la decisiva contribución rusa (comparar con Overy, 1995). Es esa victoria la que permite y justifica el liderazgo mundial de EE.UU tras el final de la contienda, como así también la centralidad del país y sus intereses en los estudios de seguridad. Además, la 'victoria' de EE.UU en esta guerra confirma el traslado del centro político mundial desde Europa hacia América del Norte.

Desde el punto de vista del mundo colonizado, el sentido y significado de la Segunda Guerra Mundial es claramente otro. Para estos, fue una guerra entre imperios (ver Mandel, 1986). A pesar de que el tercer punto de la Carta del Atlántico enfatiza el derecho a la autodeterminación de los pueblos, Winston Churchill interpretó al mismo como exclusivo de aquellos bajo la ocupación nazi (Thorne, 1978: 102). Consecuentemente, los nacionalistas de la India, por ejemplo, tenían suficientes razones para dudar de los objetivos de guerra propuestos por los Aliados. En breve, temían que se repitiera lo sucedido tras la Primera Guerra Mundial y el derecho a la autodeterminación se limitara a Europa. Tal cual lo expresara un académico que participó del levantamiento contra el gobierno británico de agosto de 1942 llamado 'Quit India', "dejando de lado las diferencias ideológicas de origen, ambos bloques [i.e., los Aliados y el Eje] eran de carácter esencialmente imperial y colonial. Las conquistas imperiales eran principalmente los motivos por los cuales participaron de este conflicto mundial" (Chandra Bhuyan, 1975).

Ese tipo de sentir -poner en pie de igualdad al Eje y los Aliados, los malos y los buenos- a lo mejor suena moralmente confuso para el auditor occidental⁷. Por eso, la guerra que enfrentó a Japón, EE.UU, y el Reino Unido en el Lejano Oriente por el control de China y el Sudeste Asiático, despertó poca simpatía entre los nacionalistas indios, y similarmente poco apoyo al esfuerzo británico a pesar de la amenaza imperialista japonesa. Mientras que la India obtuvo su independencia tras el final de la II Guerra Mundial -principalmente porque el Reino Unido enfrentó la realidad de no poder controlar militarmente el territorio-, el punto es que la victoria del campo aliado no se tradujo en libertad de todos, y quienes la alcanzaron lo hicieron a través de un pacto unilateral con los victoriosos. Por ejemplo, el final del conflicto implicó para el Sudeste Asiático el intento, cuando no el regreso -a veces con apoyo de EE.UU-, del gobierno colonial holandés, británico y francés con consecuencias catastróficas para Vietnam. En otros territorios donde operaba con cierta independencia, EE.UU desarrolló un régimen de gobierno indirecto acoplado a una relación patrón-cliente. Otro ejemplo, en Corea del Sur se estableció un régimen constituido por aquellas personas que colaboraron con los japoneses (Cumings, 1981). Es esta variedad y este reconocible esquema imperial que en parte da forma al 'mundo libre'. La autodeterminación que ofrecía EE.UU era condicional, tanto en Europa como en el mundo no europeo, y definido entre otras cosas por el Orientalismo y por principios racistas sobre la capacidad de autogobierno de los diferentes pueblos (Hunt, 1987).

Dr. Tarak Barkawi

Escuela de Economía
y Ciencia Política
Universidad de Londres
t.k.barkawi@lse.ac.uk

Dr. Mark Laffey

Escuela de Estudios
Orientales y Asiáticos
Universidad de Londres
ml23@soas.ac.uk

⁷ Pero no todos: "Entre imperialistas, nosotros no tomamos partido..." Mandel, E. (1979: 168). Albert Camus, quien al igual que Mandel participó del movimiento de resistencia a la ocupación nazi, no fue tan confrontativo con Occidente cuando observó que "nosotros luchamos contra una mentira en nombre de una media verdad," citando a Richard Hilary.

Hasta aquí, se demostró la carga política implícita en la estandarización histórica-geográfica de la Segunda Guerra Mundial como la ‘guerra buena’, y su impacto sobre los estudios de seguridad. Esta guerra se expresa a través de múltiples voces, sujeta a diversas y competitivas interpretaciones dependientes de la ubicación social y política. Incluso, la estandarización del período 1939-1945 es singularmente un producto anglosajón. Para japoneses y chinos, italianos y etíopes, checos y austriacos, la guerra comenzó algunos años antes. Por ejemplo, “para gran parte de la población china, la Segunda Guerra Mundial fue ante todo una resistencia anti-japonesa cuyo inicio no coincide con el de la guerra mundial vista desde Europa y los EE.UU y su final no puede encontrarse en 1945 (Fujitani, White y Yoneyama, 2001: 3). Para indonesios, vietnamitas, y coreanos, como así también para ucranianos, yugoslavos y griegos, la guerra se extendió más allá de 1945. Es que no hay una sola II Guerra Mundial -en el sentido de una interpretación definitiva- si no muchas, y desarrolladas en distintos momentos y espacios.

De forma similar, las narrativas rusa y cubana de la Crisis de los Misiles, vinculadas a las Crisis de Octubre y Caribeña respectivamente, se basan en cronologías y espacios distintos a los vinculados con los “13 días” de la mitología estadounidense (Weldes, 1999). Además, aquellos europeos occidentales que vivieron bajo el régimen nazi gozaron de libertad a partir de 1945 en los términos definidos por EE.UU; mientras que los europeos orientales debieron esperar hasta 1989 para sumarse al mundo libre, y en condiciones desventajosas (Gowan, 1999). Por eso, la II Guerra Mundial representa algo diferente para cada uno de ellos, y para gran parte de la población mundial que habita el Sur global. Naturalmente, para estas poblaciones el sentido y significado político de la esta guerra, al igual que la Crisis de los Misiles, no es naturalmente contenido por la narrativa eurocéntrica.

La Shoá y la naturaleza de Occidente

La Segunda Guerra Mundial es importante para los estudios de seguridad, y en particular para los enfoques liberal y crítico. El enfoque realista en los estudios de seguridad es eurocéntrico porque identifica a la acción y la historia a partir de las grandes potencias. Y, aunque desafía la ética y progresismo Occidental, el enfoque liberal también acepta ese eurocentrismo. En ese sentido, la Shoá es un pilar central del enfoque liberal. De hecho, la Shoá establece un estándar transversal sobre lo que la sociedad internacional considera una política inaceptable, y otorga a la categoría ‘humanidad’ una carga eurocéntrica al mismo tiempo que ignora los previos genocidios de los imperios occidentales en las colonias⁸. De forma

Dr. Tarak Barkawi
Escuela de Economía
y Ciencia Política
Universidad de Londres
t.k.barkawi@lse.ac.uk

Dr. Mark Laffey
Escuela de Estudios
Orientales y Asiáticos
Universidad de Londres
ml23@soas.ac.uk

⁸ En palabras de David Chandler (2002: 77), “En la actualidad, los derechos humanos promueven la equiparación de cada una de las intervenciones ‘éticas’ contra estados designados díscolos con la guerra contra la Alemania nazi, imponiendo así una obligación moral sobre el conflicto. Esta vinculación ética se convierte en mito a través la teleología de los derechos humanos que conecta a la ‘política exterior moralista’ con la Convención para la Prevención

simultánea, se refuerza la narrativa de la ‘guerra buena’ como pilar central en la propia construcción de Occidente en tanto actor de la política mundial. Después de todo, fueron los Aliados quienes liberaron los campos de concentración y llevaron a juicio a los responsables por el genocidio. La construcción de la intervención humanitaria como una característica definitoria de la ‘comunidad internacional’ liberal, civilizada y que respeta la ley, particularmente desde 1989, se apoya en y refuerza esa imagen de Occidente como el límite a los genocidios y el castigador de quienes violan los derechos humanos, como por ejemplo sucedió en Kosovo.

Por su parte, Zygmunt Bauman argumenta que la Shoá es un fenómeno moderno y occidental (Bauman, 2002). La Shoá, entonces, desafía la concepción liberal de Occidente y su rol en la política mundial. “Quien sea que toma en serio la historia de la violencia en el S. XX va a encontrar difícil creer en los mitos del progreso” (Joas, 2003: 1). Para que los liberales no pierdan su fe en los mitos occidentales de progreso y superioridad ética que funden a la humanidad junto con Occidente en una misma categoría, y con el segundo marcando el camino del primero, la Shoá debe ser excluida de Occidente. Al tomar partida por Occidente ante la Shoá, se crea una geografía imaginaria de forma tal que se desplazan “los pecados de la civilización occidental hacia un ‘otro’ no europeo que invadió ‘nuestro’ espacio” (Lewis y Wigen, 1997: 59). De esta forma, la Alemania, por excelencia europea, de alguna forma es expulsada de Europa (Blackburn y Eley, 1984). Como dijera Lewis y Wigen, “A mediados del siglo veinte, historiadores europeos difundieron la idea de que Alemania era -en lo profundo de su alma- un país no europeo” (Lewis y Wigen, 1997: 59). Es ante ese contexto que debe leerse el ininteligible comentario del canciller Gerhard Schröder, respecto del “largo camino hacia Occidente” andado por Alemania (citado en Vinocur, 2004: 1). Esta estrategia de excluir las matanzas de Occidente ocurridas durante la modernidad es una práctica común. Más, es funcional a la preservación del carácter ético de Occidente ante cualquier evidencia, y, por consiguiente, refuerza la afirmación avanzada por liberales y críticos de los estudios de seguridad respecto de Occidente como una fuente de bien en el mundo.

Por ejemplo, Rusia es un lugar donde se sucedieron masacres. Allí, el exceso del régimen soviético fue repetidamente presentado como despotismo Oriental (Jackson, 2006; ver también Wittfogel, 1981). Esto refuerza la asociación de la ideología europea y moderna del comunismo con el Este. Según John Gray, “El comunismo y nazismo fueron ambos alentados por

Dr. Tarak Barkawi

Escuela de Economía
y Ciencia Política
Universidad de Londres
t.k.barkawi@lse.ac.uk

Dr. Mark Laffey

Escuela de Estudios
Orientales y Asiáticos
Universidad de Londres
ml23@soas.ac.uk

y la Sanción del Genocidio de 1948 y la Convención de Ginebra de 1949, ambos documentos redactados con ‘propósito de establecer un quiebre entre civilización y barbarie.’ La academia especializada presta mayor atención a las continuidades entre los genocidios coloniales y la Shoá. Ver, por ejemplo, Mahmood Mamdani (2001). Otros investigadores mencionan genocidios coloniales al pasar que al momento de actuar son ignorados. Ver, por ejemplo Andrew Bell-Fialkoff (1999).

ambiciones derivadas del Iluminismo” (Gray, 2003: 14). Reconocer esa obviedad, implica contradecir la historia geográfica que ubica al progreso y emancipación global en Occidente y sus ideas. Incluso cuando las masacres suceden en regiones aparentemente fuera de Occidente, como ser África, también es atribuido a factores no Occidentales como la ausencia de esquemas políticos, económicos y sociales modernos. Esto último se ve reflejado en las narrativas que versan sobre cuasi estados, o completamente fallidos, o el ‘peligro del subdesarrollo’, o las características étnicas locales, como se hace en la tesis del “nuevo barbarismo” (ver Jackson, 1993; comparar con Grovogui, 1996). En el mismo tono, Mary Kaldor atribuye parte de la responsabilidad por las ‘nuevas guerras’ sucedidas en el Sur global, o zonas limítrofes ambiguas como los Balcanes, a la ausencia de una “conciencia política cosmopolita” (Kaldor, 2012: 76-89). La relación jerárquica entre Occidente y el resto del mundo es explícita: “Cosmopolitismo tiene mayor difusión en Occidente, y menos en el Oriente y el Sur. Sin embargo, en localidades remotas en todo el mundo se puede encontrar a personas de ambas regiones” (Kaldor, 2012: 89). Europa y Occidente son el ejemplo mundial de cosmopolitismo y futuro pacífico. Más, se le asigna a Occidente la posición de arquitecto en la creación del futuro, y se le permite usar violencia cuando sea necesario. Existen paralelos llamativos entre el marco propuesto para este análisis y el recuento de la guerra colonial que, como notara Gottmann en 1943, “por su propia naturaleza enfrenta a dos civilizaciones en distintas etapas” (Gottman, 1996: 234-5). Mientras tanto, los ejemplos de cosmopolitismo fuera de Occidente son ignorados (Meijer, 1999).

Al igual que en el análisis de la Crisis de los Misiles y la Segunda Guerra Mundial, el eurocentrismo genera dificultades sustanciales para la comprensión del genocidio y las masacres. Para prevenir y erradicar las masacres, los liberales promueven el establecimiento de una estructura internacional legal y política. Esto exige una historización del genocidio o, en otras palabras, un registro del desarrollo y evolución de los modos y prácticas de matanza (comparar con Mamdani, 2002). Tal reconstrucción histórica, sólo es posible cuando se logra circunvalar los supuestos eurocéntricos que subyacen al entendimiento liberal del genocidio. Como lo demuestra Bauman, “cada ‘ingrediente’ de la Shoá...es normal...en el sentido de ser coherente con todo lo que conocemos sobre nuestra civilización, sus principios, sus prioridades, su visión del mundo y de sus caminos correctos para alcanzar la felicidad humana junto a la sociedad perfecta” (Bauman, 1992: 8). Otro ejemplo central a cualquier intento de reconstruir la historia de la masacre es la experiencia colonial de Europa. Según Hannah Arendt, el genocidio colonial europeo es el progenitor de la Shoá (Arendt, 1985; ver también Césaire, 2000).

La masacre y el asesinato en masa de ‘nativos’ eran un fenómeno normal y recurrente en la expansión y el gobierno europeo en territorios fuera de Europa. En palabras de Sven Lindqvist, “el Holocausto fue único -en Europa-, pero la historia de la expansión occidental hacia otras geografías está

Dr. Tarak Barkawi
Escuela de Economía
y Ciencia Política
Universidad de Londres
t.k.barkawi@lse.ac.uk

Dr. Mark Laffey
Escuela de Estudios
Orientales y Asiáticos
Universidad de Londres
ml23@soas.ac.uk

llena de ejemplos de exterminio total de poblaciones” (1996: 158; ver también Hochschild, 1998). La ocurrencia de masacres en las colonias era algo totalmente aceptado, incluso cuando los Aliados participaban de la ‘guerra buena’. Se estima que entre 3,5 y 3,8 millones de bengalíes -más que la mitad de la Shoá- perecieron entre 1943 y 1944 como resultado de las exigencias de guerra y el mercado de granos en la India Británica (Greenough, 1982: 2). A pesar de los pedidos elevados por los representantes británicos en la India, Londres se negó a redistribuir el espacio de carga y transporte en perjuicio del material militar. “Churchill se opuso fuertemente al uso de grandes volúmenes de carga para el transporte de granos a costa del envío de material bélico a la India y civil a Inglaterra” (Voigt, 1987: 207). De forma vehemente el Virrey de la India, Lord Wavell, observó al final de la guerra que “la actitud frente a la necesidad alimentaria de poblaciones europeas es distinta” (Moon, 1973: 123). Esta no era la primera vez que un importante número de indios morían como consecuencia de las políticas británicas, diseñadas en torno a la visión de un buen pasar y una sociedad ideal basada en la propiedad privada, el libre mercado y el comercio (Davis, 2001). Los irlandeses también sufrieron a causa de las decisiones tomadas en Londres, y la dinámica de las instituciones liberales (Donnelly, 2003). En las colonias, próximas y lejanas, es imposible olvidar las masacres de Occidente. Cuestionar la historia geográfica eurocéntrica -recuperando éstos y otros ejemplos de la historia natural del genocidio y la masacre- pone en duda el entendimiento liberal y crítico de la II Guerra Mundial como una ‘buena guerra’, y la idea de un Occidente como fuerza positivista en la política mundial.

Resumiendo, los estudios de seguridad -a lo ancho de los enfoques dominantes- se apoyan en, y reproducen, una variedad de supuestos eurocéntricos. Por ejemplo, en *Makers of Modern Strategy* se ignora la posición política de Occidente. Y, en el análisis de eventos claves como la Crisis de los Misiles, el poder de decisión se asume como propiedad exclusiva de las grandes potencias. De este modo, la proyección de la geografía e historiografía eurocéntricas a través de las cuales se estudia la II Guerra Mundial se ubica en la base de los estudios de seguridad. Dentro y a lo largo de ese conjunto de argumentos, afirmaciones, y presupuestos que se refuerzan mutuamente, se presenta a menudo al Occidente homicida como *el* actor ético de la política mundial.

Si el desarrollo de los estudios de seguridad es abrumadoramente eurocéntrico, ¿por qué es esto un problema? Primero, el eurocentrismo en los estudios de seguridad presenta un problema de origen para el entendimiento del curso y naturaleza de los eventos, o sea, el estudio empírico de las relaciones de seguridad. La aceptación de supuestos eurocéntricos -sobre la influencia, objetividad y moralidad- se interpone y entorpece el entendimiento del proceso de decisión, o las causas de genocidio. Segundo, el eurocentrismo en los estudios de seguridad también implica que el análisis asuma la posición política del gobernante, del poderoso, del imperialista, y deje de lado al oprimido, al débil, al colonizado o al poscoloni-

Dr. Tarak Barkawi

Escuela de Economía
y Ciencia Política
Universidad de Londres
t.k.barkawi@lse.ac.uk

Dr. Mark Laffey

Escuela de Estudios
Orientales y Asiáticos
Universidad de Londres
ml23@soas.ac.uk

zado. Para muchos investigadores y analistas que apoyan y defienden los intereses del poderoso esto puede no representar un problema, mientras que, para otros, preocupados por el apoyo y defensa del débil, sí lo es. Cualesquiera sean los intereses de los individuos por el conocimiento tienen que, y deben ser, conscientes de los supuestos asumidos, para conocer con mayor profundidad las implicancias políticas de los conceptos utilizados. Esto significa que hay dos problemas, uno social y otro político. La conexión entre ambos problemas se desarrolla en los siguientes dos apartados.

Estudios de seguridad y la importancia del débil

Barry Buzan y Richard Little destacan que “a primera vista, no hay indicios de nada impropio en el relato eurocéntrico sobre el origen del sistema internacional contemporáneo. No cabe duda alguna sobre la máxima responsabilidad europea en la creación del primer sistema internacional global que estableció un contacto económico y estratégico constante entre todas las poblaciones” (Buzan y Little, 2000: 20). Más allá de las preocupaciones en torno al eurocentrismo, no debe sorprender que los estudios de seguridad Occidentales o angloamericanos sean por y para las potencias occidentales. Al mismo tiempo, no hubiera existido una Crisis de los Misiles sin una rivalidad mundial entre las superpotencias; y, es en ese sentido que estas últimas son los actores principales. Mientras se sucedían una serie de conflictos simultáneos durante y alrededor de la II Guerra Mundial, el grueso de la titánica contienda implicó el enfrentamiento entre las grandes potencias, y el desenlace dejó a EE.UU en una posición dominante respecto del orden de posguerra. Más allá de los crímenes y delitos menores incurridos, errores y doble estándar, Occidente puede ser, a través de la promoción de instituciones, reglas y normas humanitarias internacionales, la mejor esperanza para un mundo imparcial, justo y pacífico. Incluso cuando uno coincidiera o no con esta última apreciación liberal de Occidente y su rol en la política mundial, argumentar en ese sentido no debiera tomar a nadie por desprevenido. De acuerdo con lo expuesto por cualquier realista clásico, el poderoso siempre prefiere pensar bien sobre sí mismo⁹.

En su conjunto, las observaciones presentadas refuerzan la opinión de Waltz respecto de que la teoría de las relaciones internacionales está principalmente preocupada por las grandes potencias. Dado que a lo largo de los últimos siglos las potencias se ubican mayoritariamente en Occidente, el

Dr. Tarak Barkawi

Escuela de Economía
y Ciencia Política
Universidad de Londres
t.k.barkawi@lse.ac.uk

Dr. Mark Laffey

Escuela de Estudios
Orientales y Asiáticos
Universidad de Londres
ml23@soas.ac.uk

⁹ E. H. Carr (1946: 76) argumenta: “Los escritores británicos del último medio siglo fueron particularmente elocuentes al sostener la teoría de que la supremacía británica es un servicio a la humanidad”.

análisis de la política mundial y de los estudios de seguridad es por definición eurocéntrico. Esa es la manera en que trabaja el mundo. “El desarrollo de una teoría de política internacional enfocada en Malasia o Costa Rica es tan ridículo como el desarrollo de una teoría económica sobre la competencia oligopólica que atienda a las pequeñas empresas de un sector económico en particular” (Waltz, 1979: 72; comparar con Tickner, 2003: 301).

Lo que hace Waltz es recurrir al lenguaje económico neoclásico para actualizar una verdad evidente de la *realpolitik* expresada hace más de 2.500 años por el general ateniense Tucídides: “los más fuertes determinan lo posible y los débiles lo aceptan” (Tucídides, 1972: 402). Extraído del diálogo entre el embajador ateniense y los magistrados y oligarcas de Milo, este mandato es frecuentemente presentado por los realistas como la característica esencial de la política internacional (Keohane, 1986: 158-203). El intercambio sucedido en el clímax de la ruinoso guerra entre las grandes potencias del momento, los diálogos parecen advertir sobre la fragilidad y complejidad del poder por sobre su simple efectividad (ver Lebow, 2003). De acuerdo con Donald Kagan, la frase era parte de una estrategia para “convencer a los melinos de rendirse sin combatir” (Kagan 1981: 150). Si los atenienses eran tan poderosos y los melinos tan débiles, ¿por qué era necesario recurrir a la mencionada estrategia? El diálogo ocurrió durante el segundo intento ateniense para someter a la isla de Milo, porque el primer intento se limitó a destruir la superficie de cultivo teniendo en cuenta que “la captura de Milo era una empresa demasiado complicada y cara para las arcas atenienses” en su momento (Kagan, 1974: 198). Milo cayó ante el segundo ataque de Atenas, sólo después de un largo asedio que se extendió debido a varios ataques melinos exitosos, y exigiendo el refuerzo de las tropas atenienses y la complicidad de habitantes locales (Kagan, 1981: 407-8).

Al contextualizar el discurso dentro del marco estratégico, el diálogo de Milo toma un significado diferente que el comúnmente atribuido. Según Daniel Garst, la segunda expedición ateniense en Milo destaca “una nueva urgencia respecto del control sobre los aliados y el imperio” (Garst, 1989: 15). Al igual que otras potencias menores y contemporáneas, los melinos presentaron un gran desafío militar al ocupar gran parte de los recursos humanos, materiales y económicos atenienses. Apelando al poder de decisión, los melinos optaron por no “aceptar lo que debían aceptar”. De forma similar al de otras grandes potencias, el poder ateniense era imperial por naturaleza y requería la efectiva organización tributaria de los aliados, quienes se sometieron por necesidad o resistieron en la medida de lo posible. En los diálogos de Milo, los atenienses resaltan que el mayor temor surge de *su propia* gente: “Uno teme menos a ser conquistado por una potencia que gobierna sobre otros como lo hace Esparta...que a la posibilidad de ser atacado y derrotado por sus propios súbditos” (Tucídides, 1972: 402). El bandolerismo de Milo afectaba el comercio y la comunicación de Atenas con sus aliados al mismo tiempo que amenazaba el control ateniense sobre otras ciudades. El sometimiento de Milo, entonces, tenía como

Dr. Tarak Barkawi

Escuela de Economía
y Ciencia Política
Universidad de Londres
t.k.barkawi@lse.ac.uk

Dr. Mark Laffey

Escuela de Estudios
Orientales y Asiáticos
Universidad de Londres
ml23@soas.ac.uk

objetivo perpetuar el prestigio de Atenas, un indicio de la naturaleza continua y demandante de la producción y mantenimiento del poder imperial.

Desde nuestro punto de vista, los diálogos de Milo revelan la constitución mutua de la naturaleza de la política mundial. Es decir, las numerosas y diversas maneras en las cuales el débil y el poderoso están vinculados. Las experiencias atenienses en Milo también llaman la atención sobre las varias formas en que la resistencia del débil afecta profundamente los eventos y sus consecuencias. Al igual que las interpretaciones convencionales sobre los diálogos de Milo, la narrativa eurocéntrica de la competencia entre las grandes potencias tiende a dar por sentado quién es el débil: los 'nativos', las colonias, la periferia, el Tercer Mundo, el Sur global. Lo hacen en el sentido de que el poder de decisión, la racionalidad, el poder y la moralidad son propiedad exclusiva del Norte global. En otras palabras, la única diferencia entre 'ellos' y 'nosotros' es el poder acumulado. Esto genera un problema diferente, en tanto y en cuanto se niega a 'ellos' su propia historia, su diferencia (Inayatullah y Blaney, 2004). Desde nuestro punto de vista, en contraste con ambas perspectivas, los diálogos de Milo, así como el curso y carácter de la Guerra del Peloponeso, llaman la atención sobre la dependencia de Atenas respecto de su periferia, de la misma manera que Esparta necesitaba del trabajo de sus siervos. En tanto centro de poder, Atenas y Esparta *eran* dependientes de una red de vínculos con sus respectivas periferias. Los términos 'Atenas' y 'Esparta' describen entidades aparentemente discretas y concretas, que fácilmente oscurecen la compleja relación de poder y el proceso a través del cual los actores se perpetúan o perecen.

Lo que es cierto para Atenas y Esparta también lo es para las grandes potencias modernas, a saber: están inmersas en, y dependen de, una diversa red de vínculos imperiales. Hoy, existe una amplia y sofisticada literatura histórica y sociológica que analiza la trayectoria de la constitución mutua entre la metrópoli y la colonia durante la era imperial europea. El argumento principal es que la metrópoli y la colonia no pueden entenderse por separado, porque conforman una "única unidad de análisis" (Cooper y Stoler, 1997: 4). Esto es, "lo que conocemos como Europa, África, América y Asia fueron construidas al calor de una relación, a la vez económica y cultural, militar y política" (Hopkins, 2002: 103). El eurocentrismo en la disciplina de las relaciones internacionales, la concepción de Europa separada y autosuficiente, niega la construcción conjunta de centro y periferia que caracteriza a las grandes potencias (Barkawi y Laffey, 2002: 109-27). Una vez que el foco se traslada desde la política y las políticas de las grandes potencias hacia el flujo y reflujo de las relaciones sociales por medio de las cuales las grandes potencias -sus sociedades, economías, culturas y fuerzas armadas- se constituyen, reproducen y transforman, el mundo europeo y no europeo adquieren una importancia similar. A lo largo de la era europea de política imperial, el origen de las categorías arquetípicas para los estudios de seguridad, política y sociedad europea fueron interpe-

Dr. Tarak Barkawi

Escuela de Economía
y Ciencia Política
Universidad de Londres
t.k.barkawi@lse.ac.uk

Dr. Mark Laffey

Escuela de Estudios
Orientales y Asiáticos
Universidad de Londres
ml23@soas.ac.uk

ladas de forma compleja por la periferia imperial. Por citar sólo un ejemplo central a la tipología de cualquier narrativa realista de la política mundial, durante gran parte de su existencia como gran potencia el ejército indio fue la reserva estratégica de Inglaterra (Black, 1998: 178).

Aquello que aplica para el poder económico y militar europeo también aplica a la conformación de identidades europeas, las cuales requieren imaginar un 'otro' no europeo (Said, 1978; comparar con Coronil, 1997: 13-5). Occidente se define a través del conjunto de contrastes respecto de la racionalidad, progreso y desarrollo que usualmente está ausente en el no-Occidente. Un ejemplo, durante el período inicial de la expansión europea, se encuentra en la idea de los pensadores occidentales respecto del 'estado de naturaleza' como criterio para distinguir entre su propia civilización, y aquellas con las cuales tomaron contacto en el hemisferio Occidental desde 1492. El 'estado de naturaleza' es, en sí mismo, una interpretación europea que hace referencia a los pueblos con que se encontraron, y ubica a la civilización y la ley en Europa, inclusive mientras ésta se embarca en la destrucción de aquellos y sus civilizaciones. Esta metáfora central al pensamiento político de Occidente, sólo se vuelve verídica tras el encuentro de la Europa imperial con los pueblos aborígenes (Jahn, 2000). Al mismo tiempo, esto permitió y legitimó la expropiación y apropiación europea de la tierra, recursos y poblaciones. De esta manera, el 'estado de naturaleza' jugó un rol central en la producción de un mundo efectivamente dividido entre occidentales ricos y no-occidentales pobres. Esta idea tiene gran importancia para la teoría política, y el debate en torno a los problemas de seguridad contemporánea como, por ejemplo, estados fallidos y nuevas guerras, donde se reproduce la construcción eurocéntrica de la política mundial (ver Khalyyas, 2001). De hecho, la violencia contemporánea en África se explica frecuentemente a partir de la ausencia de instituciones y atributos asociados con la modernidad europea, como ser la soberanía, en lugar de la historia colonial y la interacción poscolonial con el Occidente.

En parte, el significado de la ruptura poscolonial sintetizada en el ataque al *World Trade Center* y el Pentágono el 11 de septiembre de 2001 se resume en la exigencia de recuperar los procesos de mutua conformación, y su importancia reside en el sentido asignado a las relaciones de seguridad, en particular, y a la política mundial, en general. Para muchos, la Guerra contra el Terrorismo es un enfrentamiento entre Occidente y el Mundo Islámico. Al Qaeda, Bin Laden y sus aliados son concebidos como 'fundamentalistas islámicos' con un odio pasional de todo lo occidental. El problema con esta forma de encuadre del conflicto es que ignora la larga historia de interconexión y mutua constitución de la cual surgen las ideas y la organización de Bin Laden. En otras palabras, la forma moderna y particular de ser de Bin Laden y Al Qaeda es producto de la combinación de diferentes narrativas culturales e históricas, tecnología moderna y comunicaciones, y las políticas de los diferentes regímenes y grandes potencias occidentales, árabes e islámicas. Intentar desagregar este fenómeno para

Dr. Tarak Barkawi

Escuela de Economía
y Ciencia Política
Universidad de Londres
t.k.barkawi@lse.ac.uk

Dr. Mark Laffey

Escuela de Estudios
Orientales y Asiáticos
Universidad de Londres
ml23@soas.ac.uk

reducirlo a una expresión 'Islam' u 'Occidente' no asiste en la comprensión de las dinámicas de la Guerra contra el Terrorismo. Más importante aún, las políticas derivadas de tal pensamiento binario pueden facilitar las condiciones para la aparición de nuevos Bin Laden y Al Qaeda.

El 'fundamentalismo islámico' asignado a Bin Laden y su organización es de hecho un producto híbrido moderno, fruto del encuentro entre Islam y Occidente (Roy, 2004). Dos de las figuras más importantes detrás del pensamiento islámico contemporáneo, Sayyid Qutb y su hermano, Mohamed, quien fuera profesor de Bin Laden en la Universidad Rey Abdulaziz de Arabia Saudí, ven en Occidente una 'gran deficiencia espiritual' (Gray, 2003: 77). Gran parte de su pensamiento es una reacción a la modernidad occidental, y un intento por diseñar una sociedad islámica moderada que evitara la suerte de sus pares occidentales. Occidente fue apenas un incentivo menor entre otras ideas esencialmente occidentales. Qutb refleja el marxismo-leninismo, en particular, con los conceptos de vanguardia revolucionaria y la refundación del mundo a través de la acción humana. Ambas ideas se encuentran en la base del pensamiento de Al Qaeda. La noción del Islam como ideología universal emancipadora contemporánea resulta de la combinación entre el pensamiento islámico y el iluminista (Mamdani, 2004: 60).

La organización de Al Qaeda es en sí misma un producto del 'Islam' como del mundo moderno. Es una empresa contemporánea, global y asociada que cuenta con jerarquía horizontal y estructura celular. No se muestra incómoda en la utilización de tecnología informática y comunicaciones modernas. De hecho, Al Qaeda sostiene una gran deuda con la política exterior de los EE.UU. La centralidad de Bin Laden, y la organización que lideró, crecieron a partir del apoyo estadounidense a la resistencia afgana frente al gobierno de Kabul apoyado por la U.R.S.S (Kolko, 2002). Esto es, el surgimiento del 'fundamentalismo islámico' y Al Qaeda es parte de las diversas formas de interacción entre los pueblos y geografías del mundo. La constitución mutua de ambos es consecuencia de las relaciones jerárquicas propias de la interrelación.

Dr. Tarak Barkawi

Escuela de Economía
y Ciencia Política
Universidad de Londres
t.k.barkawi@lse.ac.uk

Dr. Mark Laffey

Escuela de Estudios
Orientales y Asiáticos
Universidad de Londres
ml23@soas.ac.uk

La intención aquí no es brindar una historia de Al Qaeda, sino brindar una guía inicial hacia las preguntas y la agenda de investigación que se presentan ante los estudios de seguridad al redirigir el foco sobre la co-constitución de los actores débiles y poderosos en el marco de las relaciones jerárquicas. Es así como más allá del eurocentrismo, la historia y la política de la guerra y el conflicto entre lo que conocemos como el Norte y Sur globales deben encontrarse en el centro de la investigación. En la era de la Guerra contra el Terrorismo, marcada por el proyecto y la retórica colonial sobre Irak, Afganistán y otros lugares, especial atención merecen la historia y los procesos imperiales resultantes del sometimiento y la resistencia. El carácter imperial de las grandes potencias -en todas sus dimensiones- dirige la atención de la investigación hacia la relación constitutiva entre

el centro y la periferia, y en ese sentido, exige la redefinición de lo que es una gran potencia para los estudios de seguridad. Esto implica el reconocimiento implícito y el análisis de las diversas maneras en que el poder político, económico y militar es resultado de la interacción entre el poderoso y el débil, siendo tales relaciones tan necesarias como cuestionables. Más, el conocimiento sobre la constitución mutua es muy útil al carácter y la naturaleza de los débiles, como ser Al Qaeda. Éste también es producto de su relación con el poderoso.

Reconocer el carácter de mutua constitución de la política mundial tiene implicancias sobre la naturaleza de la explicación. Las ciencias sociales se ven atravesadas por la existencia de una fuerte tendencia hacia la división del mundo en una serie de espacios y ubicaciones, como causantes de eventos y procesos en un lugar y otro. Los estudios de seguridad, como hemos mostrado, privilegian el poder de decisión de las grandes potencias, mientras que los estudios de área frecuentemente enfatizan los factores locales (comparar con Miyoshi y Harootunian, 2002). Al contrario, nosotros queremos resaltar la importancia de las relaciones entre los espacios y los pueblos, y sus roles en la causa de eventos y procesos, como así también en la aparentemente discreta constitución de espacios y entidades. Metodológicamente, esto significa que no se debe dar por sentado que los eventos y sus explicaciones residen siempre en el mismo lugar, incluso cuando se trate de estados grandes y poderosos (ver Bender, 2002). Los 'estudios a contrapunto' que analizan eventos, desarrollos y procesos en centro y periferia de forma conjunta, ofrecen un ejemplo de la tarea propuesta (Said, 1993).

Con el objeto de criticar los estudios de seguridad, hemos desplegado un conjunto de categorías, como lo son Norte-Sur y poderoso-débil, que fueron plenamente desarrolladas aquí¹⁰. Una característica central de estas categorías alternativas es su naturaleza relacional. No hay Norte sin Sur. Los procesos relacionales vinculan al mundo. Al hacerlo, estas redefinen e interconectan espacios. Es decir, son una expresión geográfica. Por ejemplo, y como demostrara Sidney Mintz, las técnicas para la producción azucarera del Este, el trabajo esclavo africano, el capital británico y la tierra caribeña en su conjunto rehicieron a Europa y el Nuevo Mundo (Mintz, 1985). El Norte y el Sur globales son coproducidos a través de procesos de expansión imperial y dominio neocolonial. Pensar en términos de relaciones provee una defensa inherente frente al eurocentrismo, porque comienza con el supuesto de que la sociedad mundial está basada en relaciones, y no en de objetos separados como ser las grandes potencias u 'Occidente'. De esta manera, la explicación resalta las relaciones por encima de las entidades aparentemente distinguibles. Con seguridad, no hay una correlación directa entre las categorías de análisis poderoso y débil, y otras del tipo

Dr. Tarak Barkawi

Escuela de Economía
y Ciencia Política
Universidad de Londres
t.k.barkawi@lse.ac.uk

Dr. Mark Laffey

Escuela de Estudios
Orientales y Asiáticos
Universidad de Londres
ml23@soas.ac.uk

¹⁰ Por ejemplo, reconocemos junto a Sherry Ortner (1995: 175) que las categorías débil y fuerte son múltiples.

espacial como Norte y Sur. Sin embargo, las relaciones entre poderosos y débiles tienen consecuencias geográficas, algunas de las cuales pueden resumirse en las categorías Norte y Sur. Las categorías espaciales en los estudios de seguridad, entre ellas el Tercer Mundo, estados territoriales, grandes potencias, estados fallidos y ahora civilizaciones, son típicamente concebidas en términos no vinculantes, separados y distinguibles. Esta concepción de los estudios de seguridad es inadecuada, porque el contexto social de los conflictos armados es un mundo de procesos relacionales que debe ser estudiado en los mismos términos.

Estudios de seguridad y el derecho a portar armas

Comprender las relaciones de seguridad requiere incluir al débil y al poderoso en el mismo marco analítico. Sin embargo, el correcto encuadre analítico de los estudios de seguridad no es suficiente para nuestra crítica al eurocentrismo. El enfoque tradicional de los estudios de seguridad toma como propia la perspectiva del actor poderoso, colonizador, dominador y competidor frente al control político del globo. Esto es, los estudios de seguridad tienen una agenda política, la cual se corresponde con los intereses del poderoso. Como destacó E. H. Carr en 1977, “el estudio de las relaciones internacionales en países angloparlantes se resume a indagar sobre las formas de gobernar el mundo desde posiciones de fortaleza. El estudio de las relaciones internacionales en universidades africanas y asiáticas, si se realizara en algún momento, debiera investigar la explotación del débil por el poderoso” (citado en Haslem, 1999: 252-3). Dichas observaciones se visten con una importancia adicional cuando los estudios de seguridad afectan a los estudios estratégicos, es decir, al uso racional de la fuerza para alcanzar objetivos específicos.

Una observación general sobre los estudios de seguridad es que se realizan en, y en función de, los estados más poderosos del sistema internacional. La producción de los estudios de seguridad tradicionales, en tanto discurso para la resolución de problemas, es el resultado de un extenso y bien desarrollado conjunto de instituciones y personas ubicadas en la intersección del estado con la academia¹¹. Desde la sistematización del personal militar durante el S. XIX hasta el contemporáneo universo de departamentos universitarios, centros de estudios, y diseñadores de políticas de seguridad y defensa, se ha desarrollado un cuerpo bibliográfico extenso y sofisticado, aunque eurocéntrico.

Dr. Tarak Barkawi

Escuela de Economía
y Ciencia Política
Universidad de Londres
t.k.barkawi@lse.ac.uk

Dr. Mark Laffey

Escuela de Estudios
Orientales y Asiáticos
Universidad de Londres
ml23@soas.ac.uk

¹¹ En un contexto estadounidense, por ejemplo, ver Miyoshi y Harootunian (eds.) (2002: 261-302); Ellen Herman (1995).

Dicho esto, gran parte de los escritos contemporáneos en el campo de los estudios de seguridad son explícita y avergonzadamente críticos de las políticas de los estados occidentales. ¿Cómo podemos entonces argumentar que los estudios de seguridad proponen una política eurocéntrica? La política de los estudios críticos y seguridad humanitaria se basan en conceptos como la emancipación, una idea derivada del Iluminismo europeo. En esa literatura, el actor emancipador es casi indefectiblemente Occidente, sea en la forma de una institución internacional dominada por Occidente, una sociedad global liderada por Occidente, o una ‘política ética extranjera’ de las potencias dominantes de Occidente (ver Chandler, 2005: 218-9). Los críticos de los estados occidentales se encuentran a sí mismos en una posición dependiente cuando se apoyan en las fuerzas armadas de Occidente para implementar las intervenciones humanitarias. Esto es así, especialmente, cuando la intervención implica un enfrentamiento armado tal cual lo demostró Paul Hirst en su crítica al libro de Mary Kaldor, *New and Old Wars* (Hirst, 2001: 86-8). Incluso cuando los actores concretos de la emancipación no son originalmente de Occidente, ellos se apoyan en ideas occidentales ya sea en términos económicos, políticos o culturales.

En nuestra crítica a la política de los estudios de seguridad tradicionales queremos resaltar que siempre se adopta la posición del poderoso, usualmente Occidente, u otras grandes potencias y sus clientes; aquellos que tienen el derecho a armarse. El derecho internacional y la práctica estatal de la guerra, además, establecen una clara diferencia entre las fuerzas armadas convencionales de los estados soberanos y las formas de resistencia armada a las que el débil generalmente puede aspirar. Dichas formas de resistencia más de una vez adoptan la forma de insurgencia, emboscada, malones, bandolerismo, toma de rehenes, asesinatos, bombardeos, y otras tácticas que reflejan la necesidad de la guerra asimétrica. La resistencia violenta, sin embargo, justificada o no y por cualquier motivo, es siempre rechazada. No debe sorprender entonces cuando esta forma de violencia, regularmente racional y efectiva para el actor débil es deslegitimada por Occidente. Esto se vuelve evidente en la forma en que se bautiza públicamente a los débiles que recurren a las armas. Por ejemplo, tras cuatro años de emergencia en Malasia los británicos reemplazaron el concepto ‘bandido’ por ‘terroristas comunistas’ para referirse a los insurgentes (Caruthers, 1995: 84-5). Al calor de los atentados de septiembre de 2001, el historiador militar Sir John Keegan distinguió entre las tradiciones de guerra occidentales y orientales: “Los occidentales luchan cara a cara, de pie en batalla...[respetando] reglas de honor. Los orientales...se retiran del campo de batalla...prefiriendo la emboscada, sorpresa, traición y engaño” (Gregory, 2004: 58). El presidente G. W. Bush se refirió a las tácticas utilizadas por las milicias de oposición a la invasión de Iraq en la primavera de 2003 en términos de “cobardes” y “terroristas” (‘Operation Iraqi Freedom’). De acuerdo con la observación de Davis Hanson, “nosotros en Occidente llamamos ‘cobardes’ a las pocas bajas sufridas por el terrorismo y la sorpresa, y ‘justas’ a aquellas bajas incómodas infligidas por medio del combate abierto y directo” (Hanson, 2002: 97).

Dr. Tarak Barkawi

Escuela de Economía
y Ciencia Política
Universidad de Londres
t.k.barkawi@lse.ac.uk

Dr. Mark Laffey

Escuela de Estudios
Orientales y Asiáticos
Universidad de Londres
ml23@soas.ac.uk

Durante los conflictos entre el Norte y Sur globales, el uso de la fuerza por parte de Occidente es legitimado en términos de misión civilizadora de uno u otro tipo. Sea la obligación moral del hombre blanco frente a los pueblos colonizados, las intervenciones humanitarias de la década de 1990, o las invasiones de Afganistán e Iraq tras los atentados de septiembre de 2001, en todos los casos se asume que Occidente tiene el derecho a armarse para emancipar a los 'nativos'. Este es, y siempre ha sido, el principal argumento para justificar el imperialismo en todas sus formas; el punto es civilizar a los bárbaros (Salter, 2002). Tomando la perspectiva del Sur global, el resultado de las misiones civilizadoras a lo largo de los siglos es por lo menos ambigua. Dejando de lado las masacres de las etapas iniciales de la expansión europea, el imperialismo del S. XIX se esmeró por dividir la humanidad. En palabras de Mike Davis (2001):

Lo que hoy llamamos 'tercer mundo' (un concepto de la Guerra Fría) es una consecuencia de la desigualdad en términos de ingresos y riqueza -la famosa 'brecha desarrollista'- que tomaron forma principalmente durante el último cuarto del S. XIX, cuando los trabajadores rurales no europeos fueron integrados a la economía mundial...Ya en el final del reinado victoriano...la desigualdad de las naciones era tan profunda como la desigualdad de clases. La humanidad fue dividida de forma irreversible. (15-6)

Frente a tales condiciones, y en el mundo desigual producido por las mismas, la aparición de movimientos de resistencia (armada o no) es sólo natural. Para nosotros, los 'nativos' con el propósito de implementar proyectos de emancipación, tienen el derecho de armarse, incluso aquellos con los que no coincidimos ideológicamente.

La política de los estudios de seguridad no eurocéntricos, una escuela de estudios de seguridad melinos, por decirlo de alguna manera, necesariamente se ubica del otro lado del quiebre, con el débil frente al poderoso, con la mayoría en contra de una minoría. Recomendar al débil que no se levante en armas mientras espera a ser emancipado por Occidente es una ilusión positivista, si se tiene en cuenta la historia de Occidente. En los últimos tiempos, Occidente desplegó en el Sur global el neoliberalismo y la Guerra contra el Terrorismo en lugar de la emancipación. En oposición a aquellos que hoy depositan alguna esperanza en las intervenciones de Occidente bajo el auspicio de las Naciones Unidas o la comunidad internacional, las generaciones del Sur prefieren el recurso a la violencia de los movimientos de resistencia locales. Para Frantz Fanon, Mao Tse Tung y otros, el uso de la violencia *por el mismo actor débil* era una dimensión implícita y útil para el proyecto de liberación. La violencia, de hecho, ha alcanzado algunos éxitos significativos en el Sur global, siendo China, Indonesia, Argelia, Cuba, Vietnam y Nicaragua los ejemplos más sobresalientes.

Con seguridad se puede afirmar que el objetivo último de aquellas luchas emancipadoras era discutible, ambiguo y más o menos reversible, en parte, gracias a la hostilidad del contexto internacional en el cual ocurrieron.

Dr. Tarak Barkawi
Escuela de Economía
y Ciencia Política
Universidad de Londres
t.k.barkawi@lse.ac.uk

Dr. Mark Laffey
Escuela de Estudios
Orientales y Asiáticos
Universidad de Londres
ml23@soas.ac.uk

Nuestro punto aquí no es realizar un juicio normativo sobre los méritos de aquellos esfuerzos. Más bien, el objetivo es poner sobre relieve las implicancias políticas del eurocentrismo en los estudios de seguridad. Hay legiones de académicos británicos y estadounidenses dedicados a los estudios de seguridad del poderoso que delinear las políticas de seguridad y defensa de las potencias líderes y la supuesta 'comunidad internacional'. Este proceder se considera una conducta normal, legítima, e incluso, patriótica.

Nosotros consideramos equitativamente legítimo que académicos occidentales, y otros que no lo son, investiguen dentro de una escuela melina de estudios de seguridad, incluidas sus dimensiones estratégicas y de resolución de problemas. De esta manera, la crítica al eurocentrismo en los estudios de seguridad abre un espacio para académicos abocados al análisis estratégico y de dilemas de seguridad que integren al débil y el uso de la fuerza. Si la academia acepta trabajar para el Pentágono, el Consejo de Seguridad Nacional y el Ministerio de Defensa británico, ¿no debiera aceptarse que la academia asesore a los palestinos, tamiles, chechenos, iraquíes y otros en su lucha armada? En ese sentido, los estudios de seguridad para el Tercer Mundo o estados del Sur global, tal cual los define Mohammed Ayoob, es también un espacio para la investigación (Ayoob, 1995). La crítica al eurocentrismo conduce a un mayor pluralismo en los estudios de seguridad en torno a las dos temáticas de interés y a la producción de conocimiento que apuntamos.

Conclusión

Los ataques del 11 de septiembre de 2011 y la consiguiente Guerra contra el Terrorismo impulsaron una reflexión en los estudios de seguridad. Nosotros también apelamos a ese evento en nuestro discurso. Por un largo tiempo, los estudios de seguridad se apoyaron en el enfoque realista. En términos de teoría política, el realismo guarda una tradición más rica y diversa que la ejemplificada por la misma dentro de las relaciones internacionales, preocupada por despojar al poder de sus ilusiones. Es en ese sentido que el trabajo de Karl Marx, Max Weber y Michel Foucault puede considerarse realista. Este artículo se apoya en dichas sensibilidades para exponer el eurocentrismo dentro los estudios de seguridad. Visto desde esta perspectiva, los estudios de seguridad tradicionales se encuentran en el cruce entre el poder y el conocimiento. Sea en términos de las geografías históricas que informan al análisis empírico, los principios políticos asumidos que estructuran las preguntas y teorías, o el rol del estado en definir la agenda de investigación, los estudios de seguridad tradicionales en tanto campo de investigación son un producto del poder de Occidente. La producción de conocimiento resultante no es la adecuada incluso para su propia clientela. Es incluso menos adecuada para atender las preocupaciones de seguridad y estrategia de los estados débiles, o sea, para la

Dr. Tarak Barkawi

Escuela de Economía
y Ciencia Política
Universidad de Londres
t.k.barkawi@lse.ac.uk

Dr. Mark Laffey

Escuela de Estudios
Orientales y Asiáticos
Universidad de Londres
ml23@soas.ac.uk

DIVERSIDAD.NET

DICIEMBRE 2019

16 - AÑO 10

ISSN 2250-5792

mayoría de la población mundial. Los estudios de seguridad y las políticas que promueven tienen mucho para ganar al reconocer la importancia de los melinos y otros actores similares. Y se pierde en la misma medida en tanto no se reconozca esta realidad.

Fecha de recepción: Agosto 2019

Fecha de aceptación: Agosto 2019

Dr. Tarak Barkawi

Escuela de Economía
y Ciencia Política
Universidad de Londres
t.k.barkawi@lse.ac.uk

Dr. Mark Laffey

Escuela de Estudios
Orientales y Asiáticos
Universidad de Londres
ml23@soas.ac.uk

Referencias

Agnew, J. y Corbridge, S.

(1995). *Mastering Space: Hegemony, Territory and International Political Economy*. New York: Routledge.

Allison, G.

(1971). *Essence of Decision: Explaining the Cuban Missile Crisis*. Boston: Little Brown.

(2004). *Nuclear Terrorism: The Ultimate Preventable Catastrophe*. New York: Times Books.

Allyn, B., Blight, J., Welch, D.

(1993). *Cuba on the Brink: Castro, the Missile Crisis and the Soviet Collapse*. New York: Pantheon.

(eds.). (1992). *Back to the brink: Proceedings of the Moscow Conference on the Cuban Missile Crisis, 27-28 January 1989*. Lanham, MD: University Press of America.

Amin, S.

(1989). *Eurocentrism*. New York: Monthly Review Press.

Anonymous.

(2004). *Imperial Hubris: Why the West is Losing the War on Terror*. Washington, DC: Brassey's.

Appadurai, A.

(1996). *Modernity at Large*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.

Arendt, H.

(1985). *The Origins of Totalitarianism*. San Diego, CA: Harcourt.

Ayoob, M.

(1995). *The Third World Security Predicament*. Boulder, CO: Lynne Rienner Pub.

Barkawi, T.

(2004). 'On the Pedagogy of "Small Wars"', *International Affairs* 80 (1): 19-38.

Barkawi, T. y Laffey, M.

(2002). 'Retrieving the Imperial: Empire and International Relations' *Millennium*, 31 (1): 109-27.

Dr. Tarak Barkawi

Escuela de Economía
y Ciencia Política
Universidad de Londres
t.k.barkawi@lse.ac.uk

Dr. Mark Laffey

Escuela de Estudios
Orientales y Asiáticos
Universidad de Londres
ml23@soas.ac.uk

Bauman, Z.

(1992). *Modernity and the Holocaust*. Cambridge: Polity.

Bender, T.

(ed.) (2002). *Rethinking American History in a Global Age*. Berkeley, CA: University of California Press.

Bhuyan, A. C.

(1975). *The Quit India Movement: The Second World War and Indian Nationalism*. New Delhi: Manas.

Black, J.

(1998). *War and the World: Military Power and the Fate of Continents, 1450-2000*. New Haven, CT: Yale University Press.

Blackbourn D. y Eley, G.

(1984). *The Peculiarities of German History: Bourgeois Society and Politics in Nineteenth Century Germany*. New York: Oxford University Press.

Blight, J. y Welch, D.

(1990). *On the Brink: Americans and Soviets Reexamine the Cuban Missile Crisis*, 2nd ed. New York: Noonday Press.

Booth, K.

(ed.) (2005). *Critical Security Studies and World Politics*. Boulder, CO: Lynne Rienner.

Brenner, P., Leo Grande, W. M., Rich, D. y Siegel, D.

(eds.) (1989). *The Cuba Reader: The Making of a Revolutionary Society*. New York: Grove Press.

Burke, J.

(2003). *Al Qaeda: Casting a Shadow of Terror*. London: I. B. Tauris.

Buzan, B. y Little, R.

(2000). *International Systems in World History: Remaking the Study of International Relations*. Oxford: Oxford University Press.

Buzan, B. y Waever, O.

(2003). *Regions and Powers: The Structure of International Security*. Cambridge: Cambridge University Press.

Dr. Tarak Barkawi

Escuela de Economía
y Ciencia Política
Universidad de Londres
t.k.barkawi@lse.ac.uk

Dr. Mark Laffey

Escuela de Estudios
Orientales y Asiáticos
Universidad de Londres
ml23@soas.ac.uk

Calhoun, G. et al.

(eds.). (2002). *Understanding September 11*. New York: The New Press.

Carr, E. H.

(1946). *The Twenty Years' Crisis 1919-1939*. London: Mcmillan.

Carruthers, S.

(1995). *Winning Hearts and Minds: British Governments, the Media and Colonial Counter-Insurgency 1940-1960*. London: Leicester University Press.

Césaire, A.

(2000). *Discourse on Colonialism*. New York: New York University Press.

Chakrabarty, D.

(2000). *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Chandler, D.

(2005). *From Kosovo to Kabul*. London: Pluto Press.

Churchill, W.

(1998). *A Little Matter of Genocide: Holocaust and Denial in the Americas 1492 to the Present*. San Francisco, CA: City Lights.

Cooper, F. y Stoler, A. L.

(eds.) (1997). *Tensions of Empire: Colonial Cultures in a Bourgeois World*. Berkeley, CA: University of California Press.

Coronil, F.

(1996). 'Beyond Occidentalism: Toward Noimperial Geohistorical Categories', *Cultural Anthropology* 11 (1): 51-87.

(1997). *The Magical State*. Chicago: University of Chicago Press.

Cumings, B.

(1981). *Origins of the Korean War, Volume 1: Liberation and the Emergence of Separate Regimes, 1945-1947*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Davis, M.

(2001). *Late Victorian Holocausts: El Nino Famines and the Making of the Third World*. London: Verso.

Dr. Tarak Barkawi

Escuela de Economía
y Ciencia Política
Universidad de Londres
t.k.barkawi@lse.ac.uk

Dr. Mark Laffey

Escuela de Estudios
Orientales y Asiáticos
Universidad de Londres
ml23@soas.ac.uk

Donnelly, Jr., J.

(2003). *The Great Irish Potato Famine*. Stroud: Sutton Publishing.

Doty, R.

(1996). *Imperial Encounters*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.

Duffield, M.

(2001). *Global Governance and the New Wars: The Merging of Development and Security*. London: Zed Books.

(2002). 'War as a network enterprise: The new security terrain and its implications', *Cultural Values* 6 (1-2): 153-165.

Earle E. M.

(ed.). (1948). *Makers of Modern Strategy: Military Thought from Machiavelli to Hitler*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Fujitani, T. et al.

(eds.). (2001). *Perilous Memories: The Asia-Pacific War(s)*. Durham, NC: Duke University Press.

Garst, D.

(1989). 'Thucydides and Neorealism', *International Studies Quarterly*, 33 (1).

Gilpin, R.

(1981). *War and Change in World Politics*. Cambridge: Cambridge University Press.

Gowan, P.

(1999). *The Global Gamble: Washington's Faustian Bid for World Dominance*. London: Verso.

(2003). 'US:UN', *New Left Review* 24: 5-28.

Gottman, J.

(1996). *Bugeaud, Galliéni, Lyautey: The Development of French Colonial Warfare*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Gray, J.

(2003). *Al Qaeda and What It Means to be Modern*. London: Faber and Faber.

Greenough, P.

(1982). *Prosperity and Misery in the Modern Bengal*. Oxford: Oxford University Press.

Dr. Tarak Barkawi

Escuela de Economía
y Ciencia Política
Universidad de Londres
t.k.barkawi@lse.ac.uk

Dr. Mark Laffey

Escuela de Estudios
Orientales y Asiáticos
Universidad de Londres
ml23@soas.ac.uk

Gregory, D.

(1993). *Geographical Imaginations*. Oxford: Blackwell.

(2004). *The Colonial Present: Afghanistan, Palestine, Iraq*. Oxford: Blackwell.

Gusterson, H.

(2004). *People of the Bomb: Portraits of America's Nuclear Complex*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.

Hanson, V. D.

(2002). *Carnage and Culture: Landmark Battles in the Rise of Western Power*. New York: Anchor.

Harvey, D.

(2000). 'Cosmopolitanism and the Banality of Geographical Evils', *Public Culture* 12 (2): 529-564.

(2001). *Spaces of Capital: Towards a Critical Geography*. New York: Routledge.

Haslem, J.

(1999). *The Vices of Integrity: E. H. Carr 1892-1982*. London: Verso.

Herman, E.

(1995). *The Romance of American Psychology: Political Culture in the Age of Experts*. Berkeley, CA: University of California.

Hirst, P.

(2001). *War and Power in the 21st Century*. Cambridge: Polity.

Hoffman, S.

(2001). 'An American Social Science' en Crawford, M. A. et al. *International Relations - Still an American Science? Toward diversity in International thought*. Albany: SUNY Press.

Hobson, J.

(2004). *The Eastern Origins of Western Civilization*. Cambridge: Cambridge University Press.

Hochschild, A.

(1998). *King Leopold's Ghost: A Story of Greed, Terror and Heroism in Colonial Africa*. New York: Houghton Mifflin.

Hopkins, A. G.

(ed.) (2002). *Globalization in World History*. London: Pimlico.

Hunt, M.

(1987). *Ideology and US Foreign Policy*. New Haven, CT: Yale University Press.

Dr. Tarak Barkawi

Escuela de Economía
y Ciencia Política
Universidad de Londres
t.k.barkawi@lse.ac.uk

Dr. Mark Laffey

Escuela de Estudios
Orientales y Asiáticos
Universidad de Londres
ml23@soas.ac.uk

Inayatullah, N. y Blaney, D.

(2004). *International Relations and the Problem of Difference*. London: Routledge.

Jackson, R.

(1993a). 'The Weight of Ideas in Decolonization: Normative Change in International Relations' in Goldstein, J. y Keohane, R. (eds.). *Ideas and Foreign Policy: Beliefs, Institutions and Political Change*. Ithaca, NY: Cornell University Press.

(1993b). *Quasi-States: Sovereignty, International Relations and the Third World*. Cambridge: Cambridge University Press.

Jackson, P. T.

(2006). *Civilizing the Enemy: Postwar German Reconstruction and the Invention of the West*. Ann Arbor, MI: University of Michigan Press.

Jahn, B.

(2000). *The Cultural Construction of International Relations: The Invention of the State of Nature*. London: Palgrave Macmillan.

Joas, H.

(2003). *War and Modernity and the Holocaust*. Cambridge: Polity.

Kagan, D.

(1974). *The Archidamian War*. Ithaca, NY: Cornell University Press.

Kagan, D.

(1981). *The Peace of Nicias and the Sicilian Expedition*. Ithaca, NY: Cornell University Press.

Kaldor, M.

(2012). *New and Old Wars*. Cambridge: Polity.

Katzenstein, P.

(1996). *Culture of National Security*. New York: Columbia University Press.

(ed.). (1996). *The Culture of National Security: Norms and Identity in World Politics*. New York: Columbia University Press.

Kennedy, P.

(1989). *The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500-2000*. London: Fontana.

Keohane, R.

(ed.) (1986). *Neorealism and Its Critics*. New York: Columbia.

Dr. Tarak Barkawi

Escuela de Economía
y Ciencia Política
Universidad de Londres
t.k.barkawi@lse.ac.uk

Dr. Mark Laffey

Escuela de Estudios
Orientales y Asiáticos
Universidad de Londres
ml23@soas.ac.uk

Khalyvas, S. N.

(2001). “New” and “Old” Wars: A Valid Distinction?, *World Politics*, 54 (1): 99-118.

Kolko, G.

(2002). *Another Century of War?* New York: The New Press.

Krishna, S.

(2001). ‘Race, Amnesia and the Education of international Relations’, *Alternatives: Global, Local, Political* 26 (4): 401-24.

Laden, O. B.

(6 de enero de 2004). ‘Resist the New Rome’, *The Guardian*.

Lawrence, P. K.

(1987). ‘Strategy, the State and the Weberian Legacy’, *Review of International Studies* 13 (4): 295-310.

Lebow, R. N.

(2003). *The Tragic Vision of Politics*. Cambridge: Cambridge University Press.

Lebow, R. N. y Risse-Kappen, T.

(eds.). (1995). *International Relations Theory and the End of the Cold War*. New York: Columbia University Press.

Lewis M. y Wigen, K.

(1997). *The Myth of Continents: A Critique of Metageography*. Berkeley, CA: University of California Press.

Lindqvist, S.

(1996). *Exterminate All the Brutes*. London: Granta Books.

Lipschutz, R.

(ed.). (1995). *On Security* (New York: Columbia University Press).

Dr. Tarak Barkawi

Escuela de Economía
y Ciencia Política
Universidad de Londres
t.k.barkawi@lse.ac.uk

Mamdani, M.

(2002). *When Victims Become Killers*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

(2004). *Good Muslim, Bad Muslim*. New York: Pantheon Books.

Mandel, E.

(1979). *Revolutionary Marxism Today*. London: NLB.

(1986). *The Meaning of the Second World War*. London: Verso.

McClintock, A.

(1992). ‘The Angel of Progress: Pitfalls of the Term “Post-Colonialism”’, *Social Text* 31/32: 84-98.

Dr. Mark Laffey

Escuela de Estudios
Orientales y Asiáticos
Universidad de Londres
ml23@soas.ac.uk

Mearsheimer, J.

(2003). *The Tragedy of Great Power Politics*. New York: W. W. Norton.

Meijer R.

(ed.) (1999). *Cosmopolitanism, Identity and Authenticity in the Middle East*. London: Curzon.

Mintz, S.

(1985). *Sweetness and Power: The Place of Sugar in Modern History*. London: Penguin.

Mitrany, D.

(1966). *A Working Peace System*. Chicago, IL: Quadrangle Books.

Miyoshi, M. y Harootunian, H. D.

(eds.) (2002). *Learning Places: The Afterlives of Area Studies*. Durham, NC: Duke University Press.

Moon, P.

(ed.) (1973). *Wavell: The Viceroy's Journal*. London: Oxford University Press.

Muthu, S.

(2003). *Enlightenment Against Empire*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

N'Zatioula Grovogui, S.

(1996). *Sovereigns, Quasi-Sovereigns: Race and Self-Determination in International Law*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.

Oren, I.

(2003). *Our Enemies and US: America's Rivalries and the Making of Political Science*. Ithaca, NY: Cornell University Press.

Ortner, S.

(1995). 'Resistance and the Problem of Ethnographic Refusal', *Comparative Studies in Society and History*, 37 (1): 173-193.

Overy, R.

(1995). *Why the Allies won*. New York: Norton.

Paret, P.

(ed.). (1986). *Makers of the Modern Strategy: From Machiavelli to the Nuclear Age*. Oxford: Clarendon Press.

Pocock, J. G. A.

(1999-2003). *Barbarism and Religion*, vols. 1-3. Cambridge: Cambridge University Press.

Dr. Tarak Barkawi

Escuela de Economía
y Ciencia Política
Universidad de Londres
t.k.barkawi@lse.ac.uk

Dr. Mark Laffey

Escuela de Estudios
Orientales y Asiáticos
Universidad de Londres
ml23@soas.ac.uk

Resch, R. P.

(1992). *Althusser and the Renewal of Marxist Social Theory*. Berkeley, CA: University of California Press.

Rice, C.

(1 de Octubre de 2002) 'A balance of power that favors freedom'. Recuperado de: <http://www.manhattaninstitute.org/html/w12002.htm>
Ultimo acceso: 29 de noviembre de 2003.

Roy, O.

(2004). *Globalised Islam*. London: Hurst.

Said, E.

(1978). *Orientalism*. New York: Pantheon.
(1993). *Culture and Imperialism*. New York: Knopf.

Singh Mehta, U.

(1999). *Liberalism and Empire: A Study in Nineteenth Century British Liberal Thought*. Chicago, IL: University of Chicago Press.

Salter, M.

(2002). *Barbarians and Civilization in International Relations*. London: Pluto.

Slater, D.

(2004). *Geopolitics and the Post-Colonial: Rethinking North-South Relations*. Oxford: Blackwell.

Smith, S.

(2000). 'The Discipline of International Relations: Still an American Social Science?' *British Journal of Politics and International Relations* 2 (3): 374-402.

Snyder, G.

(1997). *Alliance Politics*. Ithaca, NY: Cornell University Press.

Dr. Tarak Barkawi

Escuela de Economía
y Ciencia Política
Universidad de Londres
t.k.barkawi@lse.ac.uk

Dr. Mark Laffey

Escuela de Estudios
Orientales y Asiáticos
Universidad de Londres
ml23@soas.ac.uk

Soja, E.

(1989). *Postmodern Geographies: The Reassertion of Space in Critical Social Theory*. London: Verso.

Terriff, T. et al.

(1999). *Security Studies Today*. Cambridge: Polity.

Thorne, C.

(1978). *Allies of a Kind: The United States, Britain and the War Against Japan, 1941-1945*. Oxford: Oxford University Press.

Tickner, A.

(2003). 'Seeing IR Differently: Notes from the Third World', *Millennium* 32(2): 295-324.

Thucydides.

(1972). *History of the Peloponnesian War*. London: Penguin.

Van Evera, S.

(1999). *Causes of War: Power and the Roots of Conflict*. Ithaca, NY: Cornell University Press.

Vasquez, J.

(1999). *The Power of Power Politics: From Classical Realism to Neotraditionalism*. Cambridge: Cambridge University Press.

Vinocur, J.

(7 de junio 2004). 'For the Germans, the war's ambiguities persist,' *International Herald Tribune*.

Voigt, J.

(1987). *India in the Second World War*. New Delhi: Arnold-Heinemann.

Waltz, K.

(1979). *Theory of International Politics*. New York: McGraw-Hill.

Walker, R. B. J.

(1987). 'Realism, Change and International Political Theory', *International Studies Quarterly* 31 (1): 65-86.

Weldes, J.

(1999). *Constructing National Interests: The United States and the Cuban Missile Crisis*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.

Weldes, J. et al.

(eds.). (1999). *Cultures of Insecurity States, Communities and the Production of Danger*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.

Weldes, J. y Maffey, M.

(manuscrito sin publicar). 'Decolonizing the Cuban Missile Crisis'.

Wendt, A.

(1999). *Social Theory of International Politics*. Cambridge: Cambridge University Press.

Wittfogel, K.

(1981). *Oriental Despotism: A Comparative Study of Total Power*. New York: Vintage.

Dr. Tarak Barkawi

Escuela de Economía
y Ciencia Política
Universidad de Londres
t.k.barkawi@lse.ac.uk

Dr. Mark Laffey

Escuela de Estudios
Orientales y Asiáticos
Universidad de Londres
ml23@soas.ac.uk